

La Mañana. Talca. 29-VI-1972 P.3.

"El teatro debe ser la voz popular... la voz de la patria... la voz de la mujer, del hombre, del muchacho..."

Y Antonio nos observaba, buscando quizás en nuestros ojos alguna pregunta a su afirmación. Porque Antonio Acevedo Hernández era así: directo, polémico, apasionado. Prosiguió:

"¿Quieren hablar del amor? Entonces a estudiarlo en ese enamoramiento de la muchachita que hace del huaso fornido y leal, su héroe. No hay amor más puro, inmenso, tremendo, sin dimensión. ¡Cuántas tragedias podrían escribirse con la trama y el fuego de la pasión de una campesina! Y qué telón de fondo: bosques lujuriosos, lunas apacibles, estrellas incitadoras, música leve que susurra llevada en los poderosos brazos del viento, con las mil lenguas de las mil ramas que pueblan los campos de nuestra tierra..."

La verdad es que ninguno de quienes le escuchábamos éramos osados a seguir en la conversación. Sentíamos el peso de ese espíritu discolo, más aún, rebelde, como para incitarle a caer en debate. Le preferíamos así, como a un profesor de hablar lento y profundo. No diría que en Antonio, el "viejo" Antonio como le llamábamos quienes sabíamos de su amistad pródiga y prodigiosa, hubiera carisma. Sencillamente: bondad, sinceridad, humanidad. Antonio Acevedo Hernández fue todo un hombre. Escribía así como caminaba.

¿Cuándo aprendió a escribir? Respuesta: cuando aprendió a vagar por los caminos de su sur tan anidado. Fue autodidacta orgulloso de tal, severo consigo, íntimamente responsable. Por eso entre los folkloristas es el primero que escribe, y habla y lleva al tinglado el lenguaje del pueblo. Lleva al teatro, y a las décimas y a la literatura —leyenda, historia, creatividad— la personalidad esquiiva cuanto recia del huaso, del minero, del managuá, de la madre soltera. Recoje de los senderos semiocultos por los pastizales el pensamiento triste del explotado y sabe del sueño que anima en su espíritu. Habrá una liberación, sí, una liberación que algún día entregará su beneficio a los hijos de los hijos de sus hijos. Y al llegar a la intimidad de los conventillos, Acevedo Hernández se dejó arrastrar por la lucha social que entonces comenzaba.

Era la segunda mitad del primer decenio de nuestro siglo. Todavía no se escuchaba la musiquilla del "Cielito Lindo" cuando entre autores y actores Antonio Acevedo Hernández entregaba sus primeras obras teatrales. ¡Nada de lujosos salones! Apenas un cerro árido, inclemente, duro como corresponde a la costra que oculta el cobre, el oro, la plata y otros minerales codiciados por el imperialismo, para que su "CHANARCILLO" mostrara el sufrir del minero en pos de pan para su hambre y de amor para su corazón huérfano; o un rancho junto al árbol sombreador que conocía el desfile de las generaciones camperas y que un día cae carcomido por los años y los gusanos, en su grandiosa tragedia "ARBOL VIEJO".

Seguir la obra de Antonio Acevedo Hernández resulta difícil, aunque debiera ser obligación de los revolucionarios de hoy. Especialmente para quienes hablan de folklore creyéndose creadores o pioneros. Y de los estudiosos de la costumbre nativa. Quién se lance por la ruta de ese coloso de las letras populares chilenas sabrá de la fiebre no curada del hombre que, siendo hijo de pueblo, jamás delinquirió con el olvido de su estirpe. Entintando su pluma muchas veces en su propia sangre mostró, en su obra poética, literaria, teatral, periodística, todo su afán de emancipación; pero de una emancipación que elevara la dignidad del hombre en su cultura, en su educación, en su alimento, en su vestido, en la confortabilidad de su hogar, en el derecho a tener su pareja y con ella, sus hijos, sin que nadie le impusiera condiciones melindrosas de salario.

Conocí a Acevedo Hernández allá por los años cuarenta. Venía en una embajada americanista dirigida por Joaquín Blaya Alende. Compartí junto a él la

amistad de escritores y artistas como Hugo Lindo, Manuel Bazán, Pedro Sienna. Queda en Talca una testigo de prolongadas veladas y alegres debates: Elcira Bravo Rodríguez. Con ella seguimos, después de la jornada americanista, una amistad con Antonio que finió a la hora de la muerte del escritor y amigo.

La amistad con Acevedo Hernández fue estirándose hacia el sur; a medida que yo viajaba: Temuco, Valdivia, Chillán. Por allá charlábamos sin tasa ni medida de lo humano y lo divino. Un día, dictando una charla, atacó un mal que por aquella época nadie se atrevía a mencionar: el "machismo". Les demostró a profesores, y estudiantes y obreros que no había hombre capaz de compararse con la más débil mujer. Y lo hizo con una historia vivida, aseveró, en Ninhue.

"Era aquel un matrimonio campesino. El hombre trabajaba de acuerdo al mandamiento de la zona: "El lunes comongo el cuerpo, el martes le pongo el hombro..., el sábado tengo la paga, el domingo me la tomo..." Y la mujer paría un hijo por año sin dejar de trabajar de lunes a domingo, y de sol a sol.

"Un día enfermó uno de los crios. Había que proporcionarle un remedio de botica, pues así lo recomendó la comadrona y "meica" del lugar. El pueblo dis- taba un par de leguas y alguien tenía que quedarse cuidando la creatura. Por eso fue a buscar a su marido a la cantina pidiéndole que de un par de trotes en su caballo llegara hasta la botica. Pero el hombre respondió con ásperos respingos y siguió jugando y libando.

"Rosa conocía bien el carácter de su hombre, por lo que prefirió ir donde su comadre Ester entregándole el muchacho alicaido por el mal, e ir ella, bajo la lluvia invernal y al filo de la medianoche, en pos del remedio. Esa aventura de Rosa, venciendo senderos, lomas, riachuelos, canales; viento y agua derramada implacablemente, mostró a todos la heroína que hay en cada madre. Fueron horas de caminar y caminar hasta que retornó al lado de su chiquillo. ¿El esposo? Dormía los resultados de la parranda. Al día siguiente, sin chistar, el desayuno estaba servido, el mocoso había mejorado y el marido continuaba creyéndose el dueño del mundo..."

Así iba por los pueblos de Chile el viejo Antonio Acevedo Hernández, dictando sus lecciones populares, extraídas de sus propias gentes. "La Mañana" tiene en sus colecciones variados artículos sobre todas las materias imaginables. Y otros diarios de esta larga faja terrena que le entendieron.

Mucho me alegra la decisión de la Secretaría Coordinadora de Extensión de la Universidad de Chile-Talca de unir su quehacer con la Universidad de Concepción. Allá en las riberas del Bío-Bío hay decisión y visión para entregar la Extensión Universitaria. Lo digo al saber que el "TEUC", (Teatro de la Universidad de Concepción), tiene en cartelería "LA CANCION ROTA", una de las obras clásicas del teatro popular chileno. Antonio Acevedo Hernández logró con esa obra entrar al ambiente privilegiado de los creadores teatrales latinoamericanos hasta recibir el galardón del Premio Nacional de Teatro de Chile cuando se encontraba en la añosa época de su frondosa creación folklórica. La reposición que de "LA CANCION ROTA" nos entregue el TEUC, permitirá revivir más que viejas amistades, la memoria de uno de los precursores de la literatura vernácula.

Es posible que después podamos escribir más sobre Antonio Acevedo Hernández. Habrá que revisar apuntes y remecer recuerdos. Por ahora quiero dejar en claro que el teatro chileno tiene algo más de lo que de protesta se le ha querido ingertar en los últimos años. Y lo que dejó escrito Acevedo Hernández tiene hoy tanta validez, como la que lució en los primeros años duros de sus publicaciones iniciales. Por ello los revolucionarios de ahora deben buscar en la obra del querido y viejo Antonio la semilla que hizo posible lo que se está realizando en la patria.

JEM.